

6
MARTIN RESTREPO MEJIA

**RECUERDOS
DE 1885**

Bogotá - MCMXIX
Tipografía Arconvar

BANCO DE LA REPUBLICA
BIBLIOTECA LUIS ANGEL ARANGO
CATALOGACION



**RECUERDOS
DE 1885**

ANTECEDENTES

El doctor don Rafael Núñez fue gran poeta, estadista consumado, prosador elegante, hábil político y experto administrador. Empezó a figurar en la Administración López en 1849, y pronto escaló por sus méritos los más altos puestos en la carrera pública, distinguiéndose en ella como hacendista y en la política como avanzado radical.

Pero era de carácter meditabundo y observador, y de espíritu fundamentalmente recto. Quería reformas, pero no trastornos; iba tras ellas por amor a la justicia y a la humanidad, no como recurso de ambicioso; le seducían como poeta, sin perjuicio de analizarlas como pensador.

Por fortuna para él y para la Patria, fue nombrado Cónsul de Colombia en Liverpool, y allí permaneció varios años, alejado de la candente política colombiana, estudiando atentamente los problemas sociológicos y recibiendo hondas lecciones con la sola contemplación de la vida política de las naciones europeas. Allí vio funcionar los gobiernos democráticos de Inglaterra y Francia, y comprendió cuán necesario es el orden para que subsista y se desarrolle la libertad. Trajo al crisol sus principios, sus soñadas reformas, sus ideas de política colombiana; comparó y distinguió medios sociales, hechos, ideas; y el resultado de esta honda y honrada labor fue el reconocimiento de que la constitución que regía en Colombia desde 1863 debía ser reformada para establecer el centralismo político y asegurar el orden público mediante racionales limitaciones de las exageradas libertades que aquella carta concedía al pueblo.

Su doctrina se resumió en esta frase, que fue bandera de la gran

fracción del liberalismo colombiano llamada independiente: «Reforma administrativa fundamental, o catástrofe».

No sólo el doctor Núñez, sino casi todos los liberales sobresalientes reconocieron en público y en privado la necesidad de la reforma, pues eran escandalosos los males que la Constitución de 1863 había traído a la Nación: rompimiento de la unidad nacional por medio de un federalismo de Estados artificiales, con la secuela de rivalidades y antipatías lugareñas; diez legislaciones distintas dentro de una misma nación; guerras civiles continuas, ya en un Estado, ya en otro, ya en toda la República; comercio libre de armas, prensa desbordada, persecución de la religión nacional, enseñanza laica obligatoria, elecciones fraudulentas, predominio del gamonalismo y de la fuerza pretoriana, falta de garantías de todo género..... En fin: la libertad reemplazada por el libertinaje, el orden perdido, rota la unidad nacional, y el derecho supeditado por la fuerza.

La voz del doctor Núñez trajo a sus banderas a casi todos los liberales eminentes: Camacho Roldán, Samper, los Matéus, Payán, Campo Serrano, los Ulloas, Molina, Hurtado.

Todos ellos reconocieron que la Constitución de 1863, o de Río-negro, era una utopía irrealizable, no sólo en un país tan atrasado como el nuestro, en esa época principalmente, sino en otro cualquiera. Ella suponía en la población la más alta cultura intelectual y todas las virtudes cívicas, sin lo cual sólo podía establecer el desorden, como sucedió; y contenía disposiciones absurdas y principios esencialmente falsos, que necesariamente provocaban resistencias y conflictos continuos. Los independientes reconocieron, pues, la justicia con que a ella se oponía el partido conservador y estuvieron de acuerdo con él en la necesidad de reformarla. Pero los radicales cerraron los ojos ante esta justísima exigencia de la opinión pública; y, en vez de encauzar el movimiento, dirigirlo y conservar así su predominio político, resistieron con insolencia y sin razones, extremaron los males y desafiaron las consecuencias de su soberbia conducta.

El partido conservador exasperado por los abusos que en lo político y en lo meramente administrativo, pero sobre todo en materias religiosas, cometía a diario el Gobierno radical, incurrió en la grave falta de alzarse en armas contra él en julio de 1876. Pero después de

angrientas batallas, como Los Chancos, Garrapata, Donjuana, Maniales y otras muchas, se vio obligado a rendir las armas y entregarse a discreción a su adversario en abril de 1877.

En esa guerra el partido independiente apoyó al Gobierno radical; en lo cual hizo bien: primero, porque es deber de todo ciudadano defender las autoridades constituidas; y, segundo, porque, como se asegura haberlo dicho el doctor Núñez, «él no se embarcaba en nave que se habla de ir a pique.» En efecto, no hay derecho a sacrificar una causa política si no es por el bien común.

¡Doloroso es recordar lo que sucedió entonces! ¡Qué diferencia con la conducta observada por el conservatismo después de posteriores guerras, en que fue vencedor: 1885, 1895 y 1902! Al terminar estas guerras, verdadera paz tendió sus alas sobre Colombia y los liberales pudieron entregarse a sus labores con todo género de garantías y aún participar en la administración pública.

Pero la paz de 1877 fue paz de conquistadores. Dos tribus, una vencedora y otra vencida. Fueron desterrados varios obispos, violadas algunas iglesias, confiscados los bienes de muchos ciudadanos, ultrajados varios conservadores con cencerradas, obligados otros a emigrar por falta de garantías, y a diario humillados todos con soeces amenazas y con el desconocimiento de sus derechos políticos.

Por fortuna, el vencedor en Los Chancos—la más trascendental batalla de esa guerra—fue el General don Julián Trujillo, que era independiente. Su candidatura para la Presidencia de la República se impuso por esta razón; y así el radicalismo, que pasó por la vergüenza de postular para ese puesto al General Tomás Rengifo, terminó su lamentable dominación el 1.º de abril de 1878, día en que tomó posesión de la Presidencia el General Trujillo.

El periodo presidencial era entonces de dos años, y esta brevedad era otro de los graves defectos de la constitución vigente. De 1880 a 1884, presidieron la República el doctor Núñez, el doctor Zaldúa, el doctor Otálora y el General Hurtado.

Estos siete años de dominación del independentismo fueron de relativa tranquilidad y de labor reparadora. Se derogaron leyes de persecución; se hizo solidario el orden público en toda la nación, con

lo cual terminaron las guerras locales; se dieron garantías a los conservadores; el General Payán, como Presidente del Cauca, hizo devolver a sus dueños las propiedades raíces que les fueron confiscadas después de 1876 y que habían sido rematadas por sumas ridículas; se levantó el destierro de obispos y sacerdotes; se empezó a trabajar por celebrar un concordato con la Santa Sede; y en todos los ámbitos se arraigó la convicción de que pronto se llegaría a la necesaria reforma de la constitución vigente.

Todo esto exasperó al radicalismo, el cual se lanzó a la guerra en enero de 1885, en la segunda administración del doctor Núñez, contando con el apoyo de los gobiernos de Bolívar, Santander, Antioquia y Tolima. Fue una sublevación formidable, que arrastró a muchos de los antiguos independientes; por lo cual el Dr. Núñez se vio obligado a aceptar el apoyo que le ofreció el partido conservador.

El General don Eliseo Payán era entonces Presidente del Estado Soberano del Cauca, en donde yo vivía, regentando un colegio en Cali. Quiero relatar ahora algunos incidentes que presencié y acontecimientos notables de que tuve noticia. Es un placer de los últimos años tender la vista sobre los que van quedando atrás como esfumados en lontananza. Quizá sirva también mi relato para que la juventud conozca a los hombres de su patria, juzgue de las doctrinas por los hechos, entienda bien lo presente poniéndolo en relación con lo pasado y prepare así su esfuerzo saludable para lo futuro.

II

CALI EN 1885

Era entonces Cali una ciudad de unos 20.000 habitantes, de costumbres sencillas pero muy exaltados en asuntos políticos, a consecuencia de las continuas guerras civiles que habían azotado al país y que en ella se hicieron sentir extremadamente: 1830, 1840, 1851, 1854, 1860, 1864, 1876, 1879. Lo primero que se averiguaba respecto de todo individuo era su filiación política: «¿Liberal o conservador?» A pesar de lo cual eran fáciles y cordiales las relaciones entre sus habitantes, frecuentes las *fiestas de plaza* y reuniones sociales, próspero

el comercio, agradable la vida. El espíritu caucano es culto y generoso por naturaleza.

La ciudad se extiende al pie de altos y negros farallones de la Cordillera Occidental, en la vertiente del Cauca, sobre una suave rampla que va desde el cerro de San Antonio—donde una ermita preside la ciudad—hasta poco más al oriente de la iglesia de San Nicolás, donde el terreno baja a confundirse con el hermoso y solemne Valle del Cauca, el cual está a la vista de la ciudad en grandioso panorama. Por el costado norte la baña el río de su nombre, que baja de la cordillera rumoroso y limpio y se dirige al oriente para desembocar en el río Cauca, distante unos cinco kilómetros de Cali. Al sur se extienden las llanuras de Isabel Pérez, La Chanca etc., y las ciénagas de Aguablanca, foco de paludismo.

Mucha luz, mucho calor, atenuado de tarde por fuertes brisas de la vecina cordillera, hermosas ceibas a las orillas del río, gran puente sobre el mismo a poco más de una cuadra de la plaza, el espléndido templo y espacioso convento de San Francisco, la iglesia de San Pedro (hoy catedral) muy hermosa también, muchos edificios particulares de sólida pero sencilla construcción, casas pajizas o cubiertas de guadua en los suburbios de sur y oriente; calles angostas y empedradas, con acequias por el centro, una lámpara de petróleo en cada esquina de la parte central, oscuridad completa en el resto de la ciudad en las noches sin luna, poca gente en las calles, récuas de mulas que llevan o traen mercancías extranjeras o sal peruana, nada de teléfonos, luz eléctrica, carros, coches, policía ni servicios urbanos.... tal era Cali en esos años primeros de mi juventud. Hoy es una próspera ciudad de 40.000 habitantes, llena de comodidades.

Casi toda la sociedad distinguida era conservadora y habitaba en el barrio central de Santa Librada y el occidental de La Merced. El pueblo—la gente pobre, en su mayoría compuesta de negros y mulatos—llenaba los barrios de Santa Rosa, al sur, y el Bayano, al oriente, y era liberal.

Entre los conservadores se distinguían los señores Miguel Guerrero, Joaquín P. Barona, Federico Correa, Manuel Carvajal V., Ramón, Simón y Rodolfo Sinisterra, Belisario y Lisandro Caicedo, Ricardo y Julio Rengifo, Francisco Rebolledo, León Solarte, Luis Felipe

Lozano, Lucio y Eusebio Velasco, Jaime Córdoba, J. de D. Borrero, Eduardo, Ulpiano y Arcesio González, Dolcey Patiño, Nepomuceno y José María Garcés, de los cuales sólo cinco o seis eran hombres de armas tomar. Mientras que casi todos los liberales eran de acción: Francisco Antonio y Julio Escobar, Martín Sierra, Ricardo Bermúdez, José Echeverri, Ricardo y Emiliano Gaviria, Jorge Enrique Delgado, Narciso Riascos, Francisco Núñez, Evaristo García, Belisario Zamorano. Por fortuna eran independientes Aquilino Aparicio, Jefe Municipal; Juan E. Ulloa, Primitivo Orejuela, Benjamín Núñez, Carlos Delgado, los Zamoranos, Ayalas y algunos otros. La juventud distinguida era casi toda conservadora o independiente; pero como las clases inferiores eran muy numerosas y casi en su totalidad liberales, la revolución que se preparaba podía contar con Cali; plaza importantísima por la calidad de su población, por su riqueza y por su situación geográfica, pues domina el valle y cubre el camino de Buenaventura, única vía que sale al Pacífico.

III

TEMORES DE GUERRA

Varios incidentes locales mostraron desde mediados de agosto de 1884 la resolución del radicalismo de hacer todo esfuerzo para recuperar el poder. Gobernaba en los Estados Soberanos de Boyacá, Tolima, Antioquia y Bolívar; pero al frente del Ejecutivo Nacional estaba el doctor Núñez, Jefe del movimiento reformador, y esto era intolerable para el radicalismo. El doctor Núñez se encargó de la Presidencia el 11 de agosto y nombró un ministerio compuesto de independientes y radicales, lo que aparentemente dejó contentas a ambas fracciones del liberalismo.

Pero en el Estado de Santander, cuyo Gobernador era el General don Solón Wilches, independiente, se verificaron en julio las elecciones para Gobernador y Diputados a la Legislatura; y los radicales, quejándose de que Wilches había puesto, según ellos, influencias oficiales a favor de los candidatos independientes, se rebelaron contra él en agosto y levantaron un ejército de 3.000 hombres.

El doctor Núñez, con autorización del Senado, envió a Santander a los doctores Felipe Zapata y Narciso González Lineros para que mediasen entre los dos bandos y evitasen esa inminente guerra local. Los mediadores desempeñaron con éxito su misión, debido en gran parte al patriotismo con que Wilches abandonó el mando y llamó para que lo reemplazase al designado, que era el doctor González Lineros.

El 10 de septiembre se firmó un tratado por el cual se dispuso el desarme de las tropas rebeldes y las del Gobierno de Santander y la convocación de una Convención que decidiese sobre la legalidad de las elecciones de julio.

En octubre se adueñaron los radicales del vapor *Alajuela* en Panamá, pero este movimiento fue sofocado prontamente.

La Convención de Santander se reunió el 9 de noviembre; pero como declaró legales las elecciones de julio, Fortunato Bernal, Daniel Hernández, Vargas Santos y otros jefes radicales se sublevaron de nuevo, en diciembre. Y ya no se limitó la insurrección a Santander, sino que se extendió a Boyacá, y en el occidente de Cundinamarca se formaron grupos de rebeldes armados, bajo la dirección de Ricardo Gaitán Obeso y Daniel Figueredo, quienes pronto ocuparon a Honda y se adueñaron de los buques del Bajo Magdalena.

Los radicales trataban, pues, de extender la guerra a toda la nación. Otros pretextos la hicieron estallar en el Cauca.

El 21 de noviembre de 1884 se hicieron en Cali las elecciones de vocales a las municipalidades y triunfó el radicalismo; pero fueron anuladas y se fijó el 22 de diciembre para hacerlas de nuevo.

Esto irritó profundamente a los radicales, quienes pasaron la noche del 23 en la plaza pública amenazando a las autoridades, dando vivas y abajos y lanzando cohetes y tiros; por lo cual el 24 el Jefe Municipal declaró turbado el orden público y ordenó la organización del batallón 5.º al mando de los Coroneles Rafael Garcès y Manuel María Ayala. Se contaba también con el 5.º de Zapadores, de la Guardia Colombiana, que hacía algunos meses estaba allí de guarnición.

Había en Palmira, ciudad situada al frente de Cali, en la banda oriental del valle, un mulato delgado y bajo, de rostro pálido y ordi-

nariamente impasible, que tenía fama de valiente y era caudillo de la negrada de esos lados. Se llamaba José Tenorio. Todos le temían y en voz baja lo calificaban de asesino recordando sobre todo que en 1879, en la batalla del Pindo, había dado muerte a un médico Alvarez, ya rendido. Lo conocí y traté en Palmira varias veces, dejándome la impresión de un hombre sencillo y modesto.

una noche de 1883, que esperábamos se pronunciasen los radicales en Palmira, irritarse con la expectativa del ataque y transformarse en una fiera. Realmente era un hombre temible.

Este liberal independiente, de tan repugnante reputación, pasó a Cali a fines de noviembre con gentes armadas, que de ordinario le seguían, e hizo una excursión por Mulaló y La Esneda en busca de armas que se decía tenían por allí ocultas los radicales, y a algunos de éstos dio de cintarazos.

Esta correría enardeció más los ánimos de los presuntos rebeldes. La provocación y el terror son recursos de gentes primitivas, recursos políticos de la ignorancia y la incultura.

Se restableció el orden público hacia el 10 de diciembre; se hicieron las elecciones el 22 sin que el partido radical interviniese en ellas, y el 24 se licenció el 5.º de Cali.

Pero el 29 se supo en esta ciudad que en Popayán se acababa de descubrir un complot para asesinar al Presidente del Estado, Ge

noche, por lo pronto. Al efecto, todos los días concurríamos a las seis de la tarde a casa del Jefe Municipal, doctor Aquilino Aparicio. Formadas las cuatro compañías, se pasaba lista, se designaba la que había de prestar servicio en la noche, y las otras se disolvían.

Entrámos en ese cuerpo jóvenes y viejos. Montada la guardia, se designaban retenes para las esquinas de la plaza y afueras de la ciudad. Los demás quedaban en vela en el cuartel. A las seis de la mañana todos volvíamos a nuestras casas y nos entregábamos a nuestras ocupaciones diarias.

Se sabía que andaban partidas rebeldes y armadas por los montes del Valle. Una de ellas sorprendió y asesinó en Sabaletas a Pedro Saavedra, Cristóbal Reyes, Florentino Gil y Enrique González, que andaban en comisión oficial por esos campos.

Habiendo sido nombrado don Juan E. Ulloa Comandante General de la 3.^a División del Estado, con don Julio Rengifo de segundo, resolvió formar su cuartel General en Buga, a donde marchó el 11 de enero el batallón 5.^o, que sólo tenía entonces 220 plazas. Le siguió el 16 una compañía del 5.^o de Zapadores.

Fue nombrado primer Jefe del Batallón Cívico el Coronel Ricardo Pérez y segundo don Jaime Córdoba. Con gran disgusto supimos la designación del señor Pérez, que algunos meses antes había sido separado del 5.^o de Zapadores porque no se le tenía confianza. Se le quería atraer, sin duda; pero en situaciones difíciles es necesaria la seguridad ante todo.

Una noche el Jefe Municipal ordenó que todas las compañías del Cívico se armaran después de responder a lista. Hecho esto se presentó con los señores Pérez y Córdoba, y en el centro del estrecho patio, cuyos corredores ocupaba el batallón, nos dijo:

—Señores: por decreto de hoy han sido nombrados primer Jefe del Batallón Cívico el Coronel don Ricardo Pérez, y segundo el Mayor don Jaime Córdoba. Reconózcanlos ustedes y obedézcanles en todo lo concerniente al servicio.

Hubo un momento de silencio. Luégo ordenó Pérez armas al hombro. Obedecimos, y nos envió a nuestros respectivos departamentos. El infame era dueño de nosotros.

El domingo 18 de enero me dijo mi capitán, al salir de misa, que

debíamos acudir los cívicos inmediatamente al cuartel porque los radicales se habían pronunciado en Candelaria, en Santander, en Pavas y muchas partidas andaban por los montes cercanos a Cali. Obedecí. Nos armaron y enviaron a custodiar los presos políticos, encerrados en un departamento de la Casa consistorial, situada al frente de nuestro cuartel ordinario, en el tramo oriental de la plaza.

Había mucha alarma. Sin embargo, esperábamos que ese día llegase el batallón de la Guardia Colombiana que venía de Panamá, y esto nos daba la seguridad de dominar cualquier ataque. Los presos—que eran amigos nuestros y con quienes conversábamos—estaban de muy buen humor, y algunos de ellos cantaban a ratos aquella canción de alegre música que dice:

«La barca del marino
ya no le teme al mar,
porque sus marineros
la saben manejar.
Con ella iré tranquilo al mar,
de polo a polo, a navegar....»

No entendíamos nosotros la intención de este canto: tanto confiábamos en la lealtad del refuerzo que nos llegaba de Panamá.

Sin embargo, el Coronel José Vicente Crespo, que vino con ese batallón y se adelantó para entrar en Cali, comunicó a las altas autoridades la desconfianza que le inspiraba el Coronel Márquez. Ellas salieron hasta el Aguacatal a encontrar a Márquez, quien las recibió fríamente y se excusó de tomar por el doctor Núñez una copa de brandy que le ofreció don Rafael Reyes.

Este señor, que tan decisiva parte había de tomar en esa guerra y tanta influencia había de tener en seguida en la suerte de Colombia, acababa de llegar a Cali de sus excursiones amazónicas, y era casi completamente desconocido en la vida pública. Era un hombre de aspecto atrayente, alto, delgado, moreno, de rostro aguileño, mirada fuerte, espeso bigote negro, que se levantaba altivo a uno y otro lado. Tendría treinta y cuatro años. Pude verlo con frecuencia porque se alojó en el hotel de La Fábrica, de los señores Caicedos, frente a la casa en que yo vivía, pero no tuve ocasión de tratarlo entonces.

A las dos de la tarde del 18 entró el Batallón 1.º de Zapadores, y el Cívico se formó para verlo pasar.

Como a las cinco se me dio permiso para ir a comer. Cuando volví al cuartel, supe que el señor Reyes había comunicado a nuestros Jefes su temor de que Márquez traicionase y les había aconsejado que esa misma noche llevasen a Buga el Batallón cívico para unirlo a las fuerzas de Ulloa, pero que ellos habían juzgado infundados los temores de Reyes.

Sin embargo, no había aún oscurecido cuando empezaron a sonar disparos por el lado del sur, los cuales aumentaron a poco a manera de tiroteo. Con este motivo acudieron muchos voluntarios al cuartel; pero no alcanzaron las armas para todos, el Comandante de la Plaza no aparecía y era aquello un desorden completo.

Hacia las ocho de la noche fuimos relevados de la guardia de presos por un piquete del batallón que acababa de llegar, el cual ofreció hacer esa noche todos los servicios díz que para que nosotros pudiéramos descansar....

Todas las compañías del Cívico se acuartelaron en la casa de costumbre, y allí esperámos—temerosos unos de la anunciada traición, confiados otros—los acontecimientos de la noche, que todos creíamos sería de lucha franca contra los negros de los montes, que se hacían sentir por el oriente y sur de la ciudad con su continuo tiroteo.

IV

LA TRACION

La noche cerró muy oscura. Los desafiadores disparos de los negros en los suburbios no cesaban. Las gentes que se habían reunido en la plaza para ofrecer sus oficios al Gobierno regresaron pronto a sus casas, desalentadas con la escasez de armas y la falta de una dirección que inspirase confianza.

Noventa poco más o menos éramos esa noche los cívicos, y nos acompañaban el sereno Jefe Municipal, doctor Aparicio, el segundo Jefe del Batallón don Jaime Córdoba y unos pocos hombres de edad madura, como don Benjamín Núñez, don Joaquín P. Barona, don

Carlos Delgado. Por ninguna parte vi al primer Jefe, Coronel Pérez, ni otro Oficial de mi Compañía que al Teniente Julio Bustamante.

Se nos hizo saber que el que tuviese miedo podía irse a su casa. En seguida nos dieron de quince a veinte cápsulas a cada uno. Montada la guardia, los demás nos recostámos en el suelo sobre nuestras ruanas con el rifle al lado, y nos dimos a conversar sobre la situación, alentándonos mutuamente y formando planes de combate. ¡Nada tan bello como la juventud! Con una cándida confianza en nuestra buena suerte, estábamos llenos de entusiasmo y habríamos sido capaces de hacer cuanto se nos mandase. Desgraciadamente faltaba un jefe. He sabido que Reyes no quiso aceptar el mando de nuestro batallón y que pasó esa noche en casa de Juan de Dios Ulloa, quien estaba en Popayán de Secretario de Gobierno, y cuya señora le dio hospitalidad, lo mismo que a don Lisandro Caicedo. En otras casas se refugiaron muchos regeneradores, y uno de ellos se rompió una pierna al saltar una tapia.

No habiéndose podido o sabido organizar un plan, debieron sacarnos de Cali o enviarnos a nuestras casas a los pocos jóvenes que en el cuartel quedábamos, en vez de dejarnos allí expuestos a un inútil sacrificio que nosotros no preveíamos. La denegación de Reyes a acudíllarnos debió ser entendida como un sabio consejo en aquel sentido.

Hacia las tres de la mañana oí desde la sala alta en cuyo suelo me había recostado, el paso marcial de un grupo de gente que se acercaba al cuartel. La puerta estaba abierta, y el centinela gritó:

—¡Alto! ¿Quién vive?

—Ronda mayor de Zapadores.

—Haga alto la ronda mayor. Cabo de....

El Jefe de la ronda, que era un joven Ripol, dijo entonces en voz baja y amistosa al centinela, Antonio Vélez:

—¡Hombre! No sea chambón. A la ronda mayor no se le manda hacer alto. Están ustedes muy reclutas todavía....

Y mientras así hablaba, avanzaba al cuartel con su gente. Habiendo salido el cabo de guardia a reconocer, le dijo Ripol que iba en comisión ante el Jefe Municipal. Entró la ronda al zaguán, y al punto cayeron sobre las armas que allí había contra las paredes y en manos de los pocos soldados que montaron la guardia. Inmediata-

mente se regaron por toda la casa recogiendo armas y apresando a nuestros compañeros, a quienes rodeaban de soldados con bayoneta calada.

Yo dormía en el primer piso en una pieza contigua a la de entrada. Al oír que en ésta había voces y movimiento de gentes y armas me levanté, tomé el rifle y pasé a ella. Un oficial echó manos sobre mi arma, y yo la recogí contra el pecho fuertemente diciendo:

—¡Qué es ésto!

Pero el Teniente Bustamante me dijo entonces:

—Entréguela. Estamos presos.

Me registraron para quitarme las cápsulas, y luego me echaron al corredor. Al llegar allí oí que uno de mis compañeros decía a Ripol:

—¡Sálvanos, hombre Ripol, sálvanos!

—Nada les sucede. Como amigo se lo digo.

Luego nos hicieron bajar y nos reunieron a todos los prisioneros en los corredores, al frente de una hilera de soldados que, con el fusil terciado hacia nosotros, nos amenazaban con la punta de las bayonetas. Así estuvimos largo rato en dura incertidumbre sobre la suerte que nos esperaba y oyendo gritos, carreras y descargas. Hubo un momento en que fueron éstas tan nutridas, que llegué a pensar que el Batallón 4.º de Cali resistía en el cuartel de Santa Librada. Pero no: los dos cuarteles fueron tomados de una misma manera, sin tiempo ni modo de organizar resistencia.

Cerca de las cinco de la mañana nos hicieron salir entre dos hileras de soldados y otras de velas encendidas, previniéndonos que el que huyese se encontraría con los retenes que guardaban las esquinas de la plaza. La atravesámos de occidente a oriente, y nos metieron en el departamento de la Casa consistorial en que la víspera habíamos estado custodiando a los presos radicales, quienes nos recibieron con el arma al hombro y llenos de contento, gritando:

—¡Viva el General Márquez! ¡Viva el partido liberal! ¡Viva el General Escobar!

Acabando de entrar oí que alguien llegaba diciendo:

—¡Ni una gota de sangre! Somos dueños de la ciudad, y no ha habido un muerto.

Los traidores, verdaderamente, fueron muy felices. Lograron, no

sólo apoderarse de la ciudad, sino también privarnos del honor de defenderla siquiera un instante.

A poco resonaron por todas partes las dianas de la *victoria*.

Nuestra prisión era un corredor frente a un gran patio, y una pieza con alta ventana sobre la plaza. Nos pusieron centinelas en todas partes: frente al corredor para impedirnos salir al patio, tres regados en éste, uno en la puerta de la pieza, dos dentro de ella y varios en el primer piso, de donde vigilaban el patio y sus alrededores. Los noventa presos casi no podíamos movernos.

Poco después fueron llevados a la prisión de 20 a 30 individuos más.

A eso de las tres de la tarde obtuvo mi padre, por mediación del alemán C. H. Simmonds, que el Prefecto don Ricardo Gaviria me hiciese poner en libertad. Llevó la orden el doctor don Joaquín de Cayzedo, liberal, con quien me dirigí a mi casa. Quiero anotar aquí esos nombres en señal de gratitud.

V

SONSO

La revolución organizó el gobierno de esta manera: Presidente Provisional del Estado, doctor Jorge Enrique Delgado; Secretario de Gobierno, doctor Francisco Núñez; Secretario de Hacienda, doctor Narciso Riascos; Jefe Municipal de Cali, don Ricardo Gaviria; Comandante General del Ejército, *General* Guillermo Márquez.

Para hacerse a fondos, El Gobierno Provisional ordenó que todos los vecinos, fuesen conservadores o liberales, contribuyesen con el cinco por ciento del ganado que tuviesen.

Es indescriptible el entusiasmo del liberalismo de Cali y las regiones vecinas. De todas partes acudieron el mismo día de la traición y los siguientes, numerosas bandas de negros, que voluntariamente iban a tomar las armas. Desde las ventanas de mi casa, a las que cautelosamente solía asomarme, vi pasar grupos de 6 u 8 negros, que entraban a veces en silencio, y otras gritando:

—¡Abajo los godos!

En dos días se pusieron sobre las armas unos 1500 de estos ne-

gros. Los dos batallones veteranos de la Guardia Colombiana no tenían menos de 800 hombres.

Mientras tanto, Ulloa y Rengifo ocupaban las colinas que bajan por la orilla norte del río Sonso, cerca de Buga, hasta el punto en que el camino nacional pasa ese río. No tenían más de 800 hombres.

Considerando temeraria su resistencia, el Gobierno Provisional designó a don Francisco Rebolledo y don Lisandro Caicedo (conservadores), don Emiliano Gaviria y doctor Evaristo García (liberales) y el alemán C. H. Simmonds para que fuesen a pedir a Ulloa su rendición y entrega. El doctor García se excusó. Los comisionados llevaban las siguientes

«Instrucciones que el Presidente Provisional del E. S. del Cauca da a los comisionados de paz para su inteligencia con las fuerzas armadas que permanecen al servicio del Gobierno del señor Eliseo Payán.

1.^a Es base indispensable el desarme de todas las mencionadas fuerzas y entrega de todos los elementos de guerra que existan en su poder. Esta entrega, llegado el caso, será hecha con entera lealtad y buena fe, y el Gobierno Provisional nombrará una comisión para su recibo, quedando entretanto en depósito en poder de los comisionados señores García y Rebolledo;

2.^a De esta entrega, el Gobierno Provisional, respetando las prerrogativas de honor de los jefes y oficiales, hace excepción de la entrega de sus respectivas espadas; y

3.^a El Gobierno Provisional garantiza la seguridad de las personas y propiedades de las fuerzas, jefes, oficiales y empleados civiles que depongan las armas.

El Gobierno Provisional espera del patriotismo de los individuos que componen la comitiva, no menos que de los ciudadanos que están en armas, la aceptación de un tratado bajo las bases apuntadas, para evitar estériles sacrificios.

De las anteriores bases quedan exceptuados aquellos que, conforme a la ley, deban ser sometidos a juicio por comisión de delitos comunes.

Cali, enero 19 de 1885:

El Presidente Provisional,

J. E. DELGADO

El Secretario de Gobierno,

FRANCISCO NÚÑEZ

El Secretario de Hacienda,

NARCISO RIASCOS.

Los comisionados se trasladaron ese mismo día a Palmira, y, encontrándola en poder de la Guardia Colombiana porque Ulloa había concentrado todas sus fuerzas en Sonso, siguieron a este lugar de donde regresaron a Cali el 22 con la noticia de que Ulloa rechazaba indignado su propuesta de rendición.

Tras ellos marcharon sobre Sonso todas las fuerzas rebeldes, a medida que se organizaban, unas por la vía de La Torre y otras por la de Palmira. No menos de 2.500 hombres, entre los cuales había dos batallones veteranos, cayeron sobre los 800 reclutas de Ulloa.

El 23 de enero por la mañana circuló en Cali la noticia de que la batalla estaba empeñada. Todo ese día estuvieron los miembros del Gobierno Provisional en la oficina telegráfica recibiendo con ansiedad las noticias que les comunicaban de Guacarí y El Cerrito. A las dos de la tarde dijeron que se había dañado la línea. Más tarde, hacia las cuatro, quisieron hacer creer que habían triunfado, lanzando cohetes y gritos y tocando llamada de banda; pero muy pronto no pudieron disimular la verdad. La victoria había coronado las banderas independientes.

Desde las admirables posiciones en que Ulloa colocó sus fuerzas, que eran unas colinas lamidas por el río Sonso, el ejército liberal fue fusilado en la gran llanura que va a morir en la orilla meridional del río. ¿Por qué, siendo tan numeroso, no intentó flanquear a Ulloa por arriba del río, lo que le habría dado posiciones superiores a las de su adversario? No hubo allí un jefe, y quizá la seguridad del triunfo fue causa de que atacasen por donde era casi imposible vencer.

Desde las siete de la noche vi llegar al hotel de La Fábrica oficiales derrotados. Con tres o cuatro amigos conservadores de la vecindad, fui al hotel, en donde los derrotados — creyéndonos sin duda liberales, por vernos allí libres — nos hicieron alguna relación del com-

bate. Salimos en seguida al zaguán para deliberar sobre lo que pudiéramos hacer, y en ello estábamos cuando salió Reyes y nos dijo:

— Voy a ver que pongan en libertad a los presos, o que se me dé alguna seguridad de que no tendrán nada que temer.

Y subió solo hacia el centro.

Poco después se instaló un retén en la esquina que media entre la Fábrica y la plaza.

En nuestro loco entusiasmo resolvimos no dejar salir del hotel a los oficiales derrotados, que estaban comiendo, si intentaban hacerlo.

En efecto, pocos momentos después salía uno de ellos, y Román Viteri se lo impidió. Eramos cinco los que guardábamos la puerta, pero sin armas. El oficial se reportó un momento; y a poco se acercó a la puerta y, viendo que había un retén en la próxima esquina, gritó:

— ¡Cabo de guardia! ¡Los presos me ponen preso!

No había acabado de gritar cuando los cinco valientes habíamos desaparecido.

VI

LOS PRESOS

Peligrosísima es siempre la situación de rehenes, presos políticos y prisioneros de guerra en poder de recién derrotados.

Reyes fue el único que lo advirtió y a la vez trató de salvar a los de Cali.

Me ha contado que esa noche del 23 de enero, cuando lo vi salir del hotel, subió a la casa de don Lucio Velasco (poco después militar y hoy General distinguidísimo) y se puso de acuerdo con él para ver de salvar a los presos. Convinieron en que Velasco, acompañado de algunos amigos armados de remington, se situasen en el camino que sube para Buenaventura por San Antonio para hacer por allí frecuentes descargas; y que Reyes, al oírlas, se presentaría en el cuartel de los presos y pediría su libertad haciendo creer a los guardianes que esos disparos eran de una fuerza enviada de Panamá a dominar la rebelión, medida que, en efecto, habían estado temiendo los rebeldes.

Así se hizo. Hacia la media noche — cuando la ciudad estaba llenándose de derrotados y se anunció que se acercaba el Batallón 9.º de Palmira, que no había estado en el combate y constaba de unos

400 negros capaces de repetir las matanzas y saqueos del 24 de diciembre de 1876 — Velasco y sus compañeros hicieron varias descargas por el camino de Buenaventura. Reyes llegó entonces al cuerpo de guardia, golpeó a la puerta e hizo llamar al General García, a quien convenció de que llegaba la supuesta fuerza, que sería inútil toda resistencia y que él cargaría con grave responsabilidad si sus soldados, al trabarse un combate, empezaban por asesinar a los presos.

El General García convino en retirar la guardia y dejar en libertad a los presos. Pero a las cinco de la mañana, cuando iba a cumplir esta promesa y los presos se agolpaban a la puerta del cuartel para salir; se oyeron gritos a una cuadra de la plaza, por la entrada del camino de Palmira:

— ¡Mueran los godos! ¡Viva el partido liberal! Hoy sí acabamos con la godería!

Era el Batallón 9.º de Palmira que entraba, y el General García manifestó a Reyes que ya no podía cumplir su palabra.

Comandaba ese batallón el Coronel Ramón Morales, quien lo hizo formar en cuadro en la plaza. Los 400 negros medio salvajes que lo constituían estaban más o menos embriagados, irritados por la derrota de sus compañeros y deseosos de hacerse sentir. Algunos gritaban:

— ¡Hoy sí acabamos con los godos que quedaron del 24 de diciembre!

Reyes penetró al cuartel de los presos, los informó de la gravedad de la situación y les aconsejó que en un momento supremo asaltasen la guardia y se adueñasen de sus armas para defenderse.

En tan crítica situación se presentó el enérgico y virtuosísimo Cura Párroco de Cali, doctor don Severo González y dijo a los presos:

— Los negros están derrotados y furiosos. No hay jefes que puedan contenerlos, y es posible que se repitan las escenas del 24 de diciembre. He venido a ver si con mi presencia los salvo de ser asesinados, o a correr la suerte de ustedes. Como no hay tiempo de confesarlos uno por uno, hagan un acto de contrición para absolverlos a todos.

Los presos cayeron de rodillas y oraron un momento siguiendo

la voz del heroico sacerdote, quien se puso en seguida de pie y les dió la absolución.

¡Conmovedora escena! La religión católica, elevando a Dios el pensamiento de los presos, calmó sin duda, el natural temor de la muerte y alejó de su corazón la desesperación y el odio que en esos momentos pudieran sentir.

Reyes habla salido de la prisión, aunque el centinela quiso impedirlo, mediante orden del oficial de guardia. El 19 habian rondado el hotel para apresarlos; pero ahora, como los sulbalternos lo veían ir y venir con aire resuelto y como no era conocido de ellos, quizá pensaron que era liberal, y no lo apresaron.

En la plaza se acercó al Coronel Morales, a quien le habló con energía sobre la necesidad de dominar a los negros y evitar el saqueo y los asesinatos con que estaban amenazando. Morales le ofreció hacer cuanto pudiese en ese sentido, pero agregó que su gente estaba hambreada y que él no podía acuartelarla sin raciones.

Reyes gritó entonces a los negros que se proponía racionarlos con un peso a cada uno y que lo esperasen tranquilos mientras iba a traer el dinero. Ellos, que sin duda lo tomaron por uno de sus jefes, se calmaron.

Reyes consiguió \$ 400 que le dieron Simmonds y Cerrutti, deseosos de contribuir a evitar los desórdenes que se temían y que tenían a toda la ciudad en amarga expectativa. Con ese dinero voló a la plaza y recorrió las filas repartiéndolo entre los soldados. Cuando terminaba, un negro de su hacienda «La Trinidad» lo reconoció y dijo:

—¡Si este es el godo don Rafael, que nos está engañando!

A lo que Reyes contestó:

—¡No seas bruto! Tu patrón se parecerá a mí; pero yo soy del batallón que vino con el Coronel Márquez.

Pasado este peligro, Reyes pidió a Morales que ordenase la marcha del batallón al cuartel para racionarlo allá de carne y otras provisiones. Morales, quien en todo se condujo noblemente, dio la orden, el cuerpo obedeció, y el gravísimo peligro quedó conjurado por el momento.

VII

UN ATAQUE Y UNA EVASION

Cuando Reyes quedó solo en la plaza, a eso de las nueve de la mañana, se dirigió al hotel y de allí pasó a la casa del doctor Ulloa, salvando las paredes.

Serían las seis de la tarde de ese mismo día cuando penetraron simultáneamente a esta casa y al hotel dos partidas de negros armados, en persecución de Reyes, irritados por el feliz engaño que les hizo sufrir en la mañana. Avisado por la señorita Rosario, hija del doctor Ulloa, corrió a la huerta de la casa y trepó a la pared divisoria para pasar al hotel. Al punto fue visto por la partida que allí lo buscaba, y uno gritó:

— ¡Godo pícaro! Ahora sí no escaparás....

Una descarga rompió tejas de la barda y atravesó el vestido de Reyes sin herirlo. El se dejó caer a la huerta de que venía; pero en ese momento penetraba allí la partida que invadió esa casa. Por fortuna se extendía ya la penumbra crepuscular y la huerta estaba llena de cafetos y madroños, árbol de muy tupido follaje. A uno de éstos se subió rápidamente, sin ser visto porque lo ocultaban los cafetos, y quedó allí tan bien escondido que en vano lo buscaron largo rato las dos partidas reunidas. Cansadas al fin, se retiraron diciendo uno de los negros:

— Este godó ha de tener pacto con el diablo....

Me ha dicho el General Reyes que en esos largos minutos de escondite, oculto como un muchacho en la fronda del tupido madroño, juró consagrar sus mayores esfuerzos a combatir la demagogia en todas sus formas. El duro trabajo en las selvas amazónicas de donde acababa de llegar y sus peligrosas relaciones con indios antropófagos no le habían llevado nunca a una situación como ésta, que sufría en la culta ciudad de Cali. Vio que ese cáncer no dejaría progresar a Colombia ni fundar en ella la verdadera libertad, y que era preciso fundarla.

Descendió del árbol, saltó la pared hacia el hotel, atravesó el comedor, en donde comían en ese momento algunos oficiales liberales, llegó a su pieza, se proveyó de dos revólveres y abundantes cápsu-

las, ensilló su caballo, montó y salió del hotel a la vista de todos, ya de noche. Buscó en su casa a don Luis Felipe Lozano, quien, teniendo allí un caballo, convino en acompañarlo en la difícil empresa de pasar a la banda oriental del Valle para unirse a los Generales Ulloa y Rengifo.

El atrevimiento con que Reyes se arrojaba a las calles de Cali, y luego a los caminos públicos, le fue muy ventajoso; pues como casi nadie lo conocía, las gentes, y principalmente los soldados, pensarían que era algún jefe liberal, y nadie intentó apresarle en esos puntos. Siempre la fortuna fue para los audaces.

Los dos viajeros tomaron la vía de Jamundi, en la que tropezaron con varias partidas de negros liberales que acudían a Cali. Reyes se había puesto divisa roja en el sombrero. Cuando se encontraba con una partida, se acercaba a reconocerla como si él fuese un celoso jefe liberal, encendía un fósforo para que le viesen la divisa y se hacía pasar por el Coronel Guillermo Márquez; y como Lozano era muy conocido de los negros, Reyes les decía que lo llevaba preso.

Así llegaron después de media noche al paso de La Bolsa. La escolta que custodiaba la barca estaba dormida. Reyes la despertó, hizo creer que era Márquez y exigió que lo pasasen inmediatamente a la otra orilla del Cauca, diciendo que necesitaba inspeccionar por sí mismo esos lados y que llevaba a Lozano como garantía contra cualquier celada. Les dejó por santo y seña las palabras «Reyes y Márquez» para que le llevaran la barca a su regreso; y fue así como los conservadores caloteños pudieron adueñarse de ella después del combate de Cuchinito.

A las seis de la mañana, mientras atravesaban un espeso bosque, estallaron los fuegos nutridos de un combate. Se desmontaron y se encaminaron a pie por entre la espesura al lado en que se sentían los disparos. Llegados al linde del bosque, cerrado por una cerca de guadua, vieron pasar por el llano de Cuchinito las fuerzas revolucionarias del negro Candelo en persecución de los caloteños que comandaban Rueda y Jaramillo. Al punto empezaron a disparar sus revólveres, ocultos en la espesura y tras de la cerca, sobre los revolucionarios; los cuales, creyendo haber caído en una celada, retrocedieron. Los caloteños cargaron entonces sobre ellos violentamente y los derrota-

ron por completo. Grande fue la sorpresa de los vencedores cuando, al averiguar cuál era la fuerza que los había auxiliado tan oportunamente, encontraron que constaba sólo de dos hombres armados de revólver.

Reyes y Lozano continuaron marcha por en medio de las guerrillas revolucionarias de Corinto, Florida y Pradera, hasta *El Tablón*, hacienda del primero de ellos. Allí se quedó Lozano, y Reyes siguió a Palmira donde conferenció con los Coroneles Ulloa y Rengifo.

Se sabía que los revolucionarios conservaban fuerzas respetables en la banda de Cali y que las aumentaban a diario, fuera de que la oriental estaba plagada de guerrillas. En esa conferencia se adoptó el plan de que simultáneamente invadiesen la banda occidental Payán y Ulloa, el primero por el sur y el segundo por el norte.

Para proponer este plan al General Payán, que había avanzado de la capital del Estado hasta Caldoneo con las fuerzas de que disponía, marchó Reyes inmediatamente. A su paso por Caloto reorganizó las fuerzas de Rueda, Jaramillo y Bonilla y les mandó ocupar la ciudad de Santander y tomar la barca de La Bolsa valiéndose del recurso que dejo indicado arriba.

El General Payán recibió con alborozo las noticias que le llevó Reyes y aprobó el plan acordado con Ulloa y Rengifo. El venía de Popayán después de vencer las guerrillas liberales en Chiribío, Poblazón, Barroplateado, Puracé y Hatoviejo; pero temía que se perdiese el Valle y pensaba que en tal caso tendría que unirse a las fuerzas del Gobierno Nacional en el Tolima, atravesando la Cordillera Central. Al punto nombró a Reyes Comandante de la 4.^a División y le dió, además, el cargo de Jefe de Día con el grado de Coronel. Así empezó su carrera militar este eximo Jefe.

